

Tentativas sobre los dos Tabordas

Ana Teresa Martínez*

Quien hace investigación es como una persona que se encuentra en una habitación oscura. Se mueve a tientas, choca con un objeto, realiza conjeturas: ¿De qué cosa se trata?, ¿De la esquina de una mesa, de una silla, o de una escultura abstracta? En la investigación de aquello que es desconocido, olvidado e imprevisible, también el azar puede cumplir una función útil. Pero sería ingenuo hacerse ilusiones: no existen atajos para el estudio, y estudiar es algo laborioso y cansador.

Carlo Ginzburg, **Tentativas**

Las “tentativas” enunciadas en la propuesta inmediatamente me remiten a Ginzburg, y a él recurrí para que me ayudara a encarar este “experimento”, que para mí lo es doblemente, ya que no soy especialista ni en Taborda ni en la Reforma Universitaria. Una mezcla de azar en la vida de Taborda y en el trabajo de archivo del CEMIC¹ ha reunido estos dos textos en mi computadora, publicados el mismo día en la misma edición del diario **La Voz del Interior**. Pero no hay atajos para este camino a la vez tortuoso y divertido que propone el experimento. Habrá que proceder como en la habitación a oscuras, palpando y preguntándose a partir de cada sensación, para ir más allá de las primeras impresiones.

La primera lectura de ambos textos y sus circunstancias produce una sonrisa, que me remite al programático “¿de qué se ríen?” de Darnton. Pero esta vez no se trata de una pregunta por los modos de superar el anacronismo y alcanzar el sentido de una risa del siglo XVIII: el humor como lo más intraducible, la mayor evidencia de la distancia cultural, ya que los implícitos que generan la risa jamás están dichos y sólo la connivencia de la experiencia cultural los conoce, sin explicitarlos. Esta vez la pregunta es más bien reflexiva: ¿cuál es la extrañeza que me hace sonreír ante el contraste que creo ver en los textos de Taborda...? ¿Contrastan realmente o es mi lectura la que los opone? ¿De qué me sonrío? Explorar mis propios presupuestos parece un modo de comenzar a salir de la oscuridad.

Pero no hay atajos, porque no es la vía de la introspección la que abre estos caminos: hay que ponerse a trabajar en reconstruir contextos que comiencen a revelar esta fotografía y nos ayuden a despejar nuestras proyecciones. Por ahora se trata de cernir el microevento de un día en la vida de Taborda, el domingo 9 de junio de 1918, en el que, en el espacio de unas pocas horas, dio una conferencia magistral en el Centro Georgista y pronunció un dis-

curso en un concierto organizado por la Conferencia del Sagrado Corazón de Jesús. Se trata de una observación de escala mínima, un día exacto en que coincidieron estos dos tipos de eventos, recuperados por un periódico en dos secciones distintas, que podría tal vez transformarse en una ventana que permita entrar en ciertas peculiaridades del “ambiente” de la época y el lugar social en que se movía Taborda.

Este día maratónico de actuación pública ocurrió a sus 33 años, una edad que en 1918 era la de un adulto, pero Taborda aún no ha viajado a Europa ni producido sus textos filosóficos. Es un Taborda interesado en la literatura y comprometido en la Reforma Universitaria. Precisamente el 9 de junio de 1918 estamos en un momento clave, aquél en que los acontecimientos comenzaban a sucederse vertiginosamente, pero aún no ha ocurrido lo más álgido: el 15, seis días más tarde de este domingo, se producirá la toma de la universidad, y el 17 se redactará el **Manifiesto Liminar**. Podemos imaginar el momento de efervescencia, pero aún no llegaron las decisiones que obligarán a cada uno a tomar posición y medir el alcance de su adhesión y de sus intereses, en ese movimiento tan complejo y diverso en protagonistas y posiciones.

El contraste que nos hace sonreír se relaciona con que, en ese momento que a la distancia parece ser de la mayor gravedad, encontramos en el mismo día dos eventos que no se corresponden del mismo modo con lo que imaginamos. En el primero, la seriedad de la conferencia se corresponde con la imagen de intelectual reformista de Taborda; pero el segundo parece hacer gala de una inesperada frivolidad, en tanto evento social desarrollado en el espacio de sociabilidad femenina de élite.

No nos sorprende que Taborda dé una conferencia en un espacio “socialista”, convocado por el Centro Georgista, por esos años en apogeo en Córdoba, y tampoco que edite apresuradamente esa

* CONICET-INDES/UNSE.

¹ N. de ed.: se refiere al actual Programa de Historia y Antropología de la Cultura del IDACOR, CONICET-UNC, hasta hace unos años denominado Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual.

conferencia para incluirla en su primer libro, **Reflexiones sobre el ideal político de América**,² y poder presentarlo en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios. Pero sí nos sorprende encontrarlo como aparente protagonista en un espacio católico de sociabilidad femenina vinculado a la beneficencia.

Sin embargo, hay una primera razón para desalentar la sorpresa: allí Taborda estaba en su medio social, y lo que se jugaba en esos espacios no era menos serio. Una segunda mirada nos permite asociar esta beneficencia piadosa y católica con el ámbito de las negociaciones de una buena parte del capital simbólico circulante en la Córdoba de entonces, espacios de autolegitimación donde seguramente se urdían alianzas matrimoniales y de otro tipo. Precisamente, en la época, el otro lugar de producción de capital social y simbólico de la élite cordobesa era la universidad, donde el movimiento reformista había iniciado ya su disrupción.

Por otra parte, la importancia de los acontecimientos que vendrían en la semana siguiente no estaba necesariamente inscrita en ese presente. Las “ambigüedades” de un agente histórico sólo son tales si esperamos que responda al “tipo puro” de nuestra imaginación. Los “dos Tabordas” que se insinúan en estos dos eventos son auténticos, y no tienen por qué contraponerse, menos aún si recordamos la complejidad del movimiento estudiantil y de lo que estaba en juego en la Reforma. Comencemos por comparar de más cerca ambos acontecimientos, el lugar de Taborda allí y las entextualizaciones que hace el diario.

1. **La Voz del Interior** no reproduce la conferencia de Taborda; sólo accedemos al texto si recurrimos a la publicación posterior que él mismo hace en su libro. Sin embargo, el diario sí reproduce íntegramente el texto leído en el concierto, resaltando así la pieza oratoria. El lugar de publicación es la sección “Vida social”, una vidriera pública de la élite en la que Taborda reúne así aquel día dos tipos de capital simbólico diferentes: el cultural, que autoriza en parte la inquietud que podría sembrar el contexto georgista para la élite católica; y el social, que lo muestra invita por este último grupo.

2. El primer texto es una “conferencia”, el segundo es un “discurso”, es decir, dos géneros discursivos diferentes, cada uno con su retórica específica, que no debería ignorarse al leerlos.

3. El lugar físico y social del primero es el Salón de Actos de *Unione e Fratellanza*; el del segundo es “el Rivera Indarte”, y la Conferencia del Sagrado Corazón que organiza, una rama de las Conferencias de San Vicente de Paul, herederas en el norte argentino de los impulsos católicos que a fines del XIX habían creado las laicas Sociedades de Beneficencia.

4. La reunión de los georgistas era una conferencia que abría un ciclo, y en este caso Taborda era el centro del evento y el único orador, y tomó la palabra durante una hora, en una tarde de

domingo, ante un público que podemos suponer interesado en el tema. En el segundo caso se trataba de un “Festival”, un “gran acontecimiento artístico y social” en cuyo contexto Taborda se ocupa del único discurso, pero que en este caso es una pieza literaria entre otras piezas artísticas: la “brillante pieza oratoria” no pudo tomar más de diez minutos (leída pausadamente) en un festival de 2 horas, un domingo a la noche.

Sabemos que Taborda había reflexionado ya sobre las instituciones eclesásticas. De hecho así se titula uno de los capítulos de **Reflexiones sobre el ideal político de América**. En él Taborda parece rechazar el formato católico institucional pero no el cristianismo, y distinguir además entre ambos. En línea durkheimiana, el “sentimiento religioso” es “eficaz” “en las colectividades simples como fuerza de cohesión”. Valorando así las creencias religiosas, y mirándolas sociológicamente a través de la historia, las distingue de los instrumentos burocráticos y los poderes sacerdotales. Al mismo tiempo, hace gala de un conocimiento cercano del cristianismo, aunque con tintes heterodoxos: de hecho, cuando hace referencia a un relato de San Lucas, en realidad se trata de un evangelio apócrifo, dato que no deja de ser curioso. La historia de América, signada por la “conquista espiritual” del cristianismo, se entiende para él a partir del momento peculiar que vivía la iglesia en el momento de la conquista, y sus consecuencias: la unión para los monarcas españoles de “los dos poderes, el temporal y el espiritual”, al punto que

La religión, importada, convertida aquí en un paganismo vulgar y grosero, acaso por la ausencia de ideas morales, lejos de combatir el mal se alió con la casta opresora de propietarios, encomenderos y negreros, y mientras su complicidad le atiborraba de oro los bolsillos, acuciaba el esfuerzo del esclavo y del mitayo en nombre de la esperanza, la fe y la caridad.³

Los nuevos gobiernos de América buscaron por todos los medios conservar el patronato de los reyes de España y esto “hace una iglesia aristocrática, que vive de la jerarquía y del principio de autoridad”, porque su posición la orienta a “coadyuvar a la consolidación del régimen vigente”, que es “un régimen de clase” y por eso predispone “a la psiquis colectiva en un sentido favorable a los que mandan”. De este modo, el mismo que por la tarde decía “el que tiene la llave del estómago tiene la llave de la conciencia”, podía por la noche, rodeado de señoras y señores de las élites católicas, citar a Tomas de Kempis y repetir cual letanía “De pie los corazones, porque pasan las Vírgenes de Sión”. El tipo de crítica que desarrolla sobre el catolicismo no lo pone necesariamente en contradicción.

Por eso, después de la sorpresa que nos regala el azar del hallazgo de ambos textos en el diario, para entender mejor esta convivencia de los dos Taborda tal vez podamos explorar aún otra

2 Saúl Taborda, **Reflexiones sobre el ideal político de América**, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 2006.

3 Saúl Taborda, **Reflexiones sobre el ideal político de América**, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 2006, p. 130.

línea: la de los géneros discursivos y los marcos de interacción.

Decíamos que los dos eventos y la presencia de Taborda en ellos tenía carácter disímil, y esto se vincula con el tipo de intervenciones: en un caso, es una conferencia, que el diario califica de “estudio”, que “revela una información sociológica ponderada y aquilatada por un criterio objetivo”; en el otro se trata de un discurso del que se dice “brillante pieza oratoria”. El tratamiento que les dan los cronistas del diario revela los implícitos culturales de la diversidad de ese carácter. Como advierte Bajtin:

...los estilos lingüísticos o funcionales son ni más ni menos que estilos genéricos de las esferas de actividad y comunicación humanas [...]. Una función determinada y las condiciones determinadas, específicas para cada esfera de comunicación discursiva, originan géneros determinados, o sea, tipos de enunciados definidos y relativamente estables desde el punto de vista de lo temático, los aspectos compositivos y los estilísticos.⁴

Es decir, los géneros discursivos suponen en este caso dos tipos de relación diferente, que el hablante establece con los otros participantes de la comunicación. Una y otra situación de habla implican cada vez lo que Goffman llamaba diferentes “marcos de la experiencia” en el “orden de la interacción”.⁵

En realidad, cada texto y cada performance de Taborda en aquel domingo debería ser leído e interpretado desde estos diversos parámetros. El de la “pieza oratoria” es el Taborda que vive en Córdoba y se mueve entre los suyos, que cita el evangelio con soltura pero pone en el mismo plano a las vestales y a las “vírgenes prudentes”, y cuando cita ejemplos de mujeres, no son precisamente religiosas clásicas, santas canonizadas, sino la Duquesa de Alençon o Mme. Curie. Estas libertades en un contexto de “Festival artístico” suponen precisamente familiaridad y soltura respecto del auditorio, con una intención de transgresión sutil que puede pasar desapercibida, porque en todo caso no es posible sin esa misma familiaridad indígena y endógena.

Tal vez convenga aquí recordar que en la Reforma lo que estaba en juego no era sólo el espíritu clerical y conservador de un catolicismo —el de la UNC en la época— sino también, y sobre todo, “el carácter familiar y cerrado de los círculos que la gobiernan”,⁶ en una sociedad donde buena parte de la constitución y reproducción de la élite pasaba por la Universidad, que cumplía un rol legitimador y reproductor de la burocracia local. En el concierto de la Sociedad del Sagrado Corazón seguramente había miembros o familiares de los miembros de aquellos círculos cerrados, y seguramente también tensiones, que la música haría olvidar por un rato, restituyendo el vínculo mínimo para seguir existiendo como campo del poder local.

⁴ Mijail Bajtin, **Las fronteras del discurso**, Buenos Aires, Las cuarenta, 2011, p. 17.

⁵ Ervin Goffman, **Les cadres de l'expérience**, Paris, Minuit, 1991.

⁶ Pablo Buchbinder, **Historia de las universidades argentinas**, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 99.